

[nacional]

Sentirse bien, FELICES Y ÚTILES

El Centro Especial del ISFAS prepara a personas con discapacidad intelectual para que tengan una vida social lo más normalizada posible



La enfermera, el psicólogo y algunos usuarios del CEISFAS ultimán detalles de la obra de Navidad que están preparando en el gimnasio del centro, donde se ha colocado un escenario y sillas para el día de la función.



Sala de informática, donde trabajan con aplicaciones especialmente preparadas por su tutor.



José María decora una bolsa en el taller de encuadernación con la ayuda de Aurora.



En el taller de marquetería, dos usuarios liján y decoran bandejas.

Las inconfundibles notas de la *Marcha Radetzky* inundan el gimnasio reconvertido en salón de actos. Sobre el escenario, una docena de actores y actrices aficionados ensayan la función de Navidad dirigidos por un psicólogo y una enfermera. Enfrente, 36 sillas dispuestas con la distancia de seguridad que establecen las normas sanitarias. Son menos que en otras ocasiones porque, este año, los familiares y amigos de los 71 usuarios del CEISFAS (Centro Especial del Instituto Social de las Fuerzas Armadas) no pueden asistir al espectáculo. El COVID-19 también condiciona las actividades de este centro ocupacional para personas con discapacidad intelectual.

Ubicado en el límite entre Madrid y Alcorcón, la institución acoge desde hace 36 años a adultos con edades comprendidas entre 18 y 65 años. La mayoría, 44, provienen del ISFAS, y son

familiares de miembros de las Fuerzas Armadas. Otros 27 dependen de la Comunidad de Madrid con quien Defensa mantiene un convenio de colaboración.

«Son capaces de hacer muchas cosas con autonomía. Aunque necesitan alguna ayuda puntual, generalmente se valen por sí mismos», explica el director del centro, teniente coronel Ángel Travesí. «Pretendemos conseguir el mayor grado de desarrollo de su autonomía personal que facilite su integración social y laboral», añade. Para ello, desarrollan actividades ocupacionales y formativas a través de cuatro talleres —marquetería, jardinería, textil y encuadernación—, cuentan con una sala de informática, gimnasio y servicios de enfermería y psicología. «Son personas con discapacidad intelectual, no con enfermedad mental», puntualiza.

Uno de los objetivos del CEISFAS es que los usuarios encuentren alguna salida laboral; pero no es fácil. «Tene-

mos dos convenios con los Ejércitos de Tierra y del Aire —señala el director—. Las prácticas se hacen en el Centro Geográfico del Ejército y la base aérea de Cuatro Vientos». Trabajan como auxiliares administrativos, de mantenimiento y de taller. «Aunque al principio hubo alguna reticencia a trabajar con personas con discapacidad intelectual, ahora nos dicen que han cambiado el ambiente de la oficina. No quieren que se los quitemos, los quieren mucho».

Algunas veces son las propias familias las que ponen trabas para que salgan a trabajar. «En algunos casos, piensan que no serán capaces pero después, muchas veces, se asombran de lo que sus hijos pueden hacer», explica el teniente coronel.

RUTINA DIARIA

La mayoría de los usuarios llega al centro en tres rutas de autobuses a las 9:30 y se marchan a las 16:15. Allí comen



El director del CEISFAS mira el trabajo que le enseña orgullosa una usuaria de la clase donde asisten las personas con mayor afectación.

—hay más de diez dietas diferentes por intolerancias, alergias y patologías— y trabajan en los talleres con la ayuda de 21 profesionales, de los que solo dos son militares —el director y la subdirectora—. El resto son pedagogos, psicólogos, maestros, jefes de taller, enfermera, cuidadora, trabajador social, preparador laboral... También hay cinco guardias civiles en la reserva y vigilantes jurados, además de cocineras, limpiadoras y personal de mantenimiento.

Cada uno de los usuarios tiene su propio horario que gira en torno al taller al que está adjudicado. «Les preguntamos sus preferencias —explica Teresa Gámez, profesora de textil—. Pero a veces somos nosotros los que les proponemos cosas diferentes, cuando vemos que ya controlan una técnica completamente. Les conviene variar». En este taller está una de las más veteranas. Marta lleva cerca de 20 años acudiendo al CEISFAS. Su locuacidad y carácter abierto la han convertido en «embajadora» del centro. «Es genial, muy dicharachera y con mucha guasa», reconoce Gámez. Mientras se afana en tejer una alfombra de nudos, Marta conversa con el teniente coronel Travesí. Se nota la confianza que se tienen. «Que mayor estás —bromea ella— deberías jubilarte ya».

En el taller de textil casi todas son mujeres. Dependiendo de sus capacidades, realizan uno u otro trabajo. «To-

das pueden hacer algo —señala la profesora—, desde alfombras de trapillo hasta punto de cruz. Alguna, incluso, utiliza antiguos telares que aún conservamos que requieren cierta habilidad».

Otra de las usuarias, la autora del *christmas* con el que el ISFAS felicita este año la Navidad, es Ana Tamayo. Su padre, coronel, falleció hace unos meses. «Cuando se quedan sin padres, casi siempre son los hermanos los que se encargan de ellos. Y la gran mayoría lo asumen con mucho cariño, con una dedicación impresionante», señala el director.

En la sala de informática se han dejado vacíos algunos puestos para mantener la distancia de seguridad. Allí está Rafa, «que multiplica más rápido que yo», señala el profesor Ernesto Hernández, que es «el más viejo del centro» como él mismo dice. Como par-

El CEISFAS acoge actualmente a 71 personas con edades comprendidas entre los 18 y los 65 años

te de su trabajo, prepara aplicaciones informáticas adaptadas. «En internet hay material básico o muy avanzado. Pero específicamente para ellos, que son adultos, no se encuentran muchas cosas». Ernesto les soluciona sus dudas con los móviles o con las redes sociales y les inculca el cuidado que deben tener cuando se meten en internet.

A algunos incluso les ha ayudado a preparar oposiciones. «Hace un par de años se presentaron seis a las de Hacienda. Una usuaria, Almudena, quedó en el puesto 27 de 2.000», recuerda orgulloso y todos quedaron entre los 500 primeros. Y del orgullo pasa a la emoción cuando habla del envejecimiento precoz que sufren muchos de sus usuarios. «Piensas en lo que han sido y en lo que son. Aunque hemos conseguido con nuestro trabajo retrasar lo máximo posible ese deterioro. Ahora es más habitual ver personas con discapacidad mayores; antes era rarísimo».

En el CEISFAS también se fabrican cuadernos que los usuarios decoran según su imaginación. También bolsas, marcapáginas, cestas con papel de periódico, carpetas-regalo... «Les encanta venir a este taller —señala Aurora Gabriel Segovia, que lleva varios meses al frente de esta actividad—. No se aburren. Están muy motivados y no se mueven desde que empiezan hasta que terminan la tarea».

Allí está Santi, de 29 años. Sin dejar de sonreír con los ojos —todos llevan la preceptiva mascarilla— decora una bolsa con pequeños trozos de papel que va pegando con gran precisión. A todo dice que sí: le gusta el taller, la profe, el trabajo, venir al centro... y sus profesores destacan de él su buena coordinación y meticulosidad.

También muy enfrascados en su tarea están los usuarios de marquetería. Pedro lleva 20 años en el centro y sin dejar de lijar una bandeja de madera que previamente ha montado comenta sus actividades preferidas. «Estoy en las oficinas y en el coro. También en el teatro, pero este año hay menos gente preparando la obra de Navidad», lamenta.

Tampoco les falta trabajo en el taller de jardinería. Allí se encargan de que los jardines estén segados, limpios de hojas, recogen aceitunas y almendras, cuidan el invernadero y las macetas...



Participantes del taller de jardinería preparan centros navideños y cuidan las plantas. A la derecha, ensayo de la obra de teatro

Ahora, preparan centros y coronas de Navidad con piñas que previamente han recogido y decorado.

COLABORACIONES

Los trabajos que se realizan en el CEISFAS se ponen a la venta en mercadillos solidarios que se montan en los cuarteles generales de los Ejércitos, la Armada, del EMAD, la UME, en los acuartelamientos de la Guardia Civil y en distintas unidades. El dinero que sacan, no mucho, se utiliza para hacer actividades de fin de semana y campamentos de verano. En ocasiones, reciben encargos. «No se paga lo que cuesta hacerlos. Pero les gratifica que alaben su trabajo», puntualiza Teresa Gámez.

«El ISFAS nos facilita todo lo que necesitamos —señala el teniente coronel Travesí— y la Comunidad de Madrid nos asigna una cantidad por persona y día. Los usuarios y sus familias no pagan absolutamente nada». El centro cuenta, además, con muchos colaboradores. Entre ellos, Cáritas Castrense y la Asociación de Amigos y Veteranos de la Guardia Civil. Y donaciones particulares.

Parte de las instalaciones deportivas, concretamente las porterías del campo de fútbol sala, se las regaló el ayuntamiento de Valdeolmos-Alalpardo, un municipio de la Comunidad de Madrid, muy cerca de Guadalajara. Las fijaron al suelo y también les trajeron balones. La UME

también ha construido una explanada, un aparcamiento y ha realizado desinfecciones durante la pandemia.

El COVID-19 ha afectado a las actividades y organización del centro al que, actualmente, solo asiste el 60 por 100 de los usuarios. «Las familias tienen miedo. Pero tienen que vencerlo», señala el director. «Porque cuando pasan un tiempo sin venir, pierden autonomía».

Las instalaciones se han acondicionado para cumplir con las medidas sanitarias. En el gimnasio se han marcado los espacios donde se deben colocar; en los talleres, se han separado las mesas donde trabajan; hay alfombrillas desinfectantes y gel hidroalcohólico por todo el edificio; se han instaurado dos turnos para las comidas... Algunas actividades han tenido que suspenderse como las salidas a la piscina cubierta o festivales de teatro, unas de sus favoritas.



En el taller de textil confeccionan un árbol de Navidad con trapillo y una alfombra de nudos.

«Están algo tristes pero, aunque con algunos hay que tener más precaución para que cumplan las normas, en general, entienden muy bien lo que está pasando», puntualiza la subdirectora, la capitán psicóloga Beatriz González. De hecho, tras reabrirse el centro una vez superado el confinamiento, los trabajadores estuvieron durante unos días insistiendo en como tenían que desinfectarse las manos y los zapatos, la distancia que debían mantener y el uso obligatorio de la mascarilla. «Nuestro objetivo era que vinieran y, después de tantos meses, que se relacionaran y poco a poco cogieran la rutina. Se han adaptado mejor de lo que pensábamos», señala la responsable de encuadernación.

Mientras la mayoría continúa sus tareas en los talleres, el grupo de teatro sigue ensayando la obra de Navidad. En ella, tres parejas tienen diferentes actitudes frente a la vida. Están los jóvenes, más alegres y optimistas; los grises y los gruñones. Estos últimos contagian el pesimismo a todo el grupo pero aparece un hada de Navidad y vuelve la alegría. «Son muy de música, muy teatreros. Les da pena no bailar todos juntos, que no vengan a verlos. Pero se entregan igual, lo dan todo. Y aunque la víspera parezca que todo sale mal, el día de la función se crecen y lo bordan. Son fabulosos», concluye el psicólogo David Jiménez.

Elena Tarilonte
Fotos: Pepe Díaz